

Rafael Plá
León

*La tesis cubana de la
construcción paralela
del socialismo y el
comunismo*

La segunda mitad de la década de los sesenta acusa un viraje pronunciado de radicalización del proceso revolucionario en Cuba. La experiencia de la construcción socialista había hecho aflorar suficientes contradicciones, relacionadas muchas de ellas con la asesoría soviética en materia económica. La introducción en la Unión Soviética y en otros países del campo socialista de reformas económicas basadas en el desarrollo de las palancas del mercado, llevó a la dirección de la Revolución cubana a cuestionarse seriamente si esa podría ser verdaderamente la ruta para alcanzar la ansiada meta del comunismo.

Los cuestionamientos no eran nuevos; ya en los años anteriores Ernesto Che Guevara tuvo palabras duras hacia varios aspectos del mecanismo económico que animaba el proceso productivo, sobre todo respecto de lo que se blandía como estímulo para el logro de una mayor productividad del trabajo; y, por otro lado, la proyección internacional de estas relaciones: el comercio dentro del llamado «mercado mundial».¹

¹ Es conocida la posición del Che en la polémica sostenida con otros compañeros en torno a cuestiones prácticas de la construcción del socialismo, como la correlación de los estímulos materiales y morales en el trabajo, la vigencia de la ley del valor, etc. Por otro lado, y en correspondencia con sus convicciones revolucionarias, el Che juzgó severamente la actitud poco consecuente con los principios comunistas de los Estados socialistas más desarrollados, los cuales, al negociar con los países subdesarrollados bajo las mismas condiciones que los países capitalistas, se convertían en cómplices de la explotación de los mismos. (Ver, entre otros: «Sobre la concepción del valor», en Ernesto Che Guevara: *Escritos y discursos*, t. 7, pp. 121-129, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, «Discurso en el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática», en *Ibidem*, t. 9, pp. 341-354)

Varios hechos de naturaleza política empañaron las relaciones entre Cuba y la Unión Soviética en la segunda mitad de los sesenta. En el ámbito ideológico sobresale el cierre de las revistas *Cuba Socialista*, del Partido, y *Teoría y Práctica*, de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria, en 1967. Más tarde, a inicios de 1968 se dio el caso eminentemente político de la «microfracción», el enjuiciamiento y encarcelamiento de antiguos dirigentes del Partido Socialista Popular (PSP) y colaboradores suyos, encabezados por Aníbal Escalante, quienes realizaban una labor de zapa de la autoridad del Partido y del Estado con la mirada cómplice de los soviéticos.

Las tensiones, sin embargo, no tuvieron una expresión más allá de insinuaciones indirectas en los discursos de la máxima dirección de la Revolución. No hubo denuncias, ni declaraciones oficiales. Solo expresiones —por momentos bastante fuertes— que delataban ásperas discusiones en el seno de las fuerzas revolucionarias, o con los amigos y aliados del campo socialista. Fidel, con especial insistencia contestaba públicamente a las críticas que se le dirigían a la dirección de la Revolución, tomando la iniciativa y acusando a la contraparte de falta de fe y de concesiones al capitalismo.²

Por esa época, la teoría socialista justificaba los métodos capitalistas de las reformas con la concepción de «la construcción del comunismo por etapas». Así se explicaba cómo, mientras no estuviera lista la base técnico-material del comunismo, era necesario mantener un régimen de distribución en el que se pagara según los resultados del trabajo. Ser consecuente con el principio llevaba a dejar abandonada parte de la sociedad que no estaba en condiciones de trabajar. A dicho principio, la dirección de la Revolución contestó decididamente con otro: la construcción paralela del socialismo y el comunismo.³

² «Pero, desde luego, nosotros no pertenecemos a ninguna secta, nosotros no pertenecemos a ninguna masonería internacional, nosotros no pertenecemos a ninguna iglesia. Somos herejes, somos herejes, bien, que nos llamen los herejes». (Fidel Castro: Discurso pronunciado en la clausura del XII Congreso de la CTC-R, en www.cuba.cu/gobierno/discursos)

³ «En cierta ocasión [...] dijimos que creíamos que el comunismo podía construirse enteramente independiente de la construcción del socialismo, que comunismo y socialismo debían construirse, en cierto sentido, paralelamente, y que inventar un proceso y decir: hasta aquí construimos el socialismo; y decir: aquí construimos el comunismo, puede constituir un error, un gran error. Que,

Esta tesis permitía justificar las innumerables acciones del gobierno revolucionario a favor de muchas actividades y recursos que se garantizaban al pueblo con carácter de gratuidad. La educación, la salud pública, los círculos infantiles e, incluso, los espectáculos deportivos, eran renglones de la actividad de los cubanos que no llevaban mediación de pago; se adquirirían al modo comunista de recibir según la necesidad que expresaran los individuos.

La tesis de la construcción paralela se enfrentaba igualmente a la cuestión de la potenciación de estímulos materiales para el trabajador, considerando que se envilecía la conciencia proletaria al mezclar cosas que no tienen necesariamente que mezclarse en la actividad humana. Sobre todo, considerando la perspectiva de ir formando la conciencia comunista, indispensable para el logro de una relación de hermandad ciudadana.

La polémica —implícita, por cuanto los interlocutores no aparecen públicamente en ninguna publicación ni desarrollaban sus ideas en discursos políticos— puede parecer trivial o escolástica (de tantas que se sucedían en el marxismo de la época). De hecho, ponerse a discutir si el comunismo se construye desde hoy o es necesario esperar al momento en que la sociedad madure lo suficiente para asumir ese tipo de tareas, no es a primera vista algo práctico. Pero lo cierto es que situada en el terreno propio, que es el de las tareas de la formación de la personalidad comunista, la polémica (o discusión) tiene una importancia medular. El horizonte sienta las pautas para las tareas del presente. Y la tarea en extremo compleja de organizar unas relaciones sociales radicalmente nuevas no puede tener éxito si no se plantean de modo que se fundamente el tránsito hacia metas superiores. Es la cuestión extremadamente práctica de la función que cumple el ideal social.

La raíz del problema está planteada teóricamente desde el conocido pasaje de Marx en *Crítica al Programa de Gotha*. En una observación crítica al programa Marx tuvo a bien esbozar sus ideas acerca de una sociedad futura, haciendo hincapié en

desde luego, en el afán de alcanzar las metas socialistas, no debía renunciarse ni hipotecarse el desarrollo y la formación del hombre comunista». (Fidel Castro: Discurso pronunciado en la conmemoración del Primero de Mayo, Día Internacional del Trabajo, en: www.cuba.cu/gobierno/discursos)

la condición de que ésta, *en una primera fase* es una sociedad que brota de la anterior y, por tanto, arrastra con ella el derecho burgués que la caracteriza.⁴ Eso tiene implicaciones prácticas respecto de muchas cuestiones, por ejemplo, en lo concerniente a la organización y estimulación del trabajo. En consecuencia, aparece la idea en Marx de un período de tránsito del capitalismo al comunismo, al cual le corresponde una forma política de Estado, la dictadura del proletariado. Era una observación realista, pero si se limita a esto el análisis, sin considerar el otro lado del asunto, se perdería la totalidad que debe dar sentido al problema: el caso es que Marx habla de un período de transición *hacia una forma superior*; el horizonte del comunismo, de la «fase superior» de la formación social llamada a sustituir el capitalismo, es esencial para comprender la aceptación por Marx de una «primera fase» que conserve el derecho burgués. Marx no pretendía dibujar las fases de una sociedad. Solo se pretendía comprender qué movimientos reales podría acusar el desarrollo de formas ajenas a la explotación capitalista. Frente a las utopías comunistas, que han pretendido siempre implantar un estado ideal a la sociedad, el comunismo marxista comprende que la sociedad debe desarrollarse sobre determinada base material. Pero Marx habló solo de un período de transición, que puede identificarse como un proceso en que la sociedad capitalista se transforma en comunista, proceso identificable con la llamada «primera fase» de la formación comunista, o lo que posteriormente se llamó «socialismo».

En el análisis de Lenin se hace hincapié en que Marx «determinó en detalle lo que es posible determinar ahora acerca de

⁴ «De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede.// Aquí reina [...] el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. [...] se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.// Por eso, el *derecho igual* sigue siendo aquí, en principio, el *derecho burgués* [...]// Este *derecho igual* es un derecho desigual para trabajo desigual [...]. *En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad*». (Marx: «Crítica al Programa de Gotha», en Carlos Marx y Federico Engels: *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, pp. 14-15, Moscú, 1976. La cursiva es de Marx.

este porvenir, a saber: la diferencia entre las fases (grados o etapas) inferior y superior de la sociedad comunista».⁵ No hay aún esquematismo, pero se hace énfasis en la diferencia. Incluso, la estructura del capítulo V, donde se explican estos tópicos, sugiere toda una concepción etapista en Lenin, pues se dedica un párrafo a «la transición del capitalismo al comunismo», uno a «la primera fase de la sociedad comunista» y otro a «la fase superior de la sociedad comunista»,⁶ pero el contenido que inquietaba a Marx se mantenía igual. Sin embargo, de tal esquema etapista se desprendía con facilidad toda la concepción posterior en el marxismo soviético.

La teorización posterior dentro del movimiento socialista esquematizó la idea, llegando a confundir la esencia misma —revolucionaria— del proceso. El intento de deslindar estrictamente las etapas llevó al pensamiento metafísico, dogmático y profesoral de buena parte de los dirigentes socialistas de la Segunda Internacional —y del marxismo soviético posterior que siguió contradictoriamente este camino pseudo-teórico, al ridículo de concebir etapas rigurosamente delimitadas: un período de tránsito, una etapa que se le llamó «socialismo» (término ausente en Marx, pero aceptado por Lenin para nombrar aquella «primera fase» de la formación comunista) y una etapa propiamente comunista. En el período soviético se llegó al extremo de tomar estas etapas como metas en el camino y su vencimiento era proclamado por los congresos partidistas de turno. En 1936, por ejemplo, el XVII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) proclamó la construcción del socialismo «en lo fundamental», lo que equivalía a decir el fin del período de tránsito. En 1961 el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) adoptó un programa de construcción del comunismo en veinte años, el cual dio muchas esperanzas al movimiento comunista internacional que seguía los pasos de la URSS.

Entre los años sesenta y ochenta las fuerzas del campo socialista de corte soviético se debatían en precisar en qué etapa concretamente se situaban, y no faltó quien propusiera alguna metodología para dichos procedimientos escolásticos. A la vuelta

⁵ Lenin: «El Estado y la revolución», en *Obras Completas*, t. 33, p. 93, Editorial Progreso, Moscú, 1986. La cursiva es de Lenin.

⁶ Ver Ob. cit., pp. 88-105.

de los años y sin haberse cumplido el objetivo de establecer relaciones comunistas firmes, el partido soviético comenzó a elaborar una teoría apologética del estado de cosas en la URSS: la teoría del socialismo desarrollado. Mientras las sociedades socialistas europeas se desgastaban y se corroían por dentro, los ideólogos formulaban verdaderos malabares para salvar la conciencia culpable de haber abandonado la tarea originaria de enterrar para siempre la sociedad del capital.

Toda esta teorización debió resultar muy ridícula a los revolucionarios cubanos que, sin un gran nivel teórico, pero con un desarrollado sentido de la realidad, buscaban afanosamente fórmulas adecuadas para llevar a cabo la impostergable tarea de desarticular las relaciones burguesas y construir nuevas relaciones de tipo comunista. Los soviéticos y europeos en general, carcomidos ya por una burocracia que funcionaba con las reglas de la sociedad mercantil, justificaban con la teoría «etapista» el estancamiento del proceso revolucionario que a la postre dio con la desaparición de los restos del socialismo que fue. Las reformas económicas en los diversos países europeos fueron minando las bases del socialismo en vez de crearlas. Al estimular cada vez más los resortes mercantiles y la codicia por el dinero para supuestamente dinamizar la economía y aumentar la productividad del trabajo, la sociedad fue olvidando el propósito de sentar otro tipo de bases para la producción y la administración y distribución de lo producido. En la práctica, el Partido soviético desde los tiempos de Stalin se comportó con todo el oportunismo propio de la dirigencia de la Segunda Internacional. La poderosa burocracia soviética se desentendió de la construcción comunista, renunció a ella en la práctica, se divorció de las masas, propiciando un debilitamiento pronunciado de la conciencia socialista.

La dirección de la Revolución cubana comprendió desde el principio que había que buscar otro camino. Aceptando la realidad, acerca de lo necesario de la creación de la base técnico-material del comunismo desde las posiciones de la distribución desigual de los recursos a partir de los resultados del trabajo, creía al mismo tiempo impostergable abrir las puertas a una distribución comunista según las necesidades propias de determinadas categorías de la población. Así que proclamó como doctrina la idea de que aun cuando no se haya llegado a un estado

comunista de la sociedad, la Revolución podía —y debía— aplicar el principio de distribución comunista por un elemental criterio de justicia, de solidaridad ante los estratos de la sociedad que no saldrían favorecidos en una distribución con arreglo al trabajo.

El comunismo —afirmaba Fidel en uno de sus discursos— es cuando la sociedad, considerada como un todo, con todos sus recursos, vela por la educación de cada ciudadano, vela por la salud de cada ciudadano, vela por el bienestar de cada ciudadano, y toda la sociedad —desaparecidas las clases, desaparecidas las desigualdades— trabaja para todos y cada uno de los ciudadanos.⁷

El comunismo, en esa concepción, se identificaba con los valores más esenciales que la Revolución cubana proclamó desde sus primeros momentos sin nombrarlo. Ser consecuente con esos valores implicaba crear las condiciones para hacerlos valer; de lo contrario quedaban en letra muerta, como ocurre en el capitalismo. El derecho a la salud, a la educación, a la cultura, eran derechos esenciales del hombre; y para hacerlos valer, la sociedad no podía esperar por la acumulación paulatina de la riqueza. Había que utilizar la que ya existía, promoviendo a la vez una actitud de moderación, de un lado, y de solidaridad, de otro. Con esas premisas sería realidad la promesa de igualdad, sin afectar demasiado el nivel de vida de la sociedad en su conjunto.

Cuando se relacionan los renglones sociales en los cuales ya se aplicaba el principio de distribución comunista, se comprende que la tesis misma no era descabellada. En primer lugar, la educación y, sobre todo, la concesión de becas a una parte muy amplia de los estudiantes. En 1968 se manejaba una cifra de 200 000 estudiantes que gozaban de la condición de becados o de seminternos. «Esos 200 000 jóvenes —explicaba Fidel— reciben gratuitamente sus alimentos, su ropa, la asistencia médica, la recreación, la vivienda, los libros; es decir, cada joven recibe lo que necesita».⁸ Los círculos infantiles, ese servicio que aligera la carga doméstica de la mujer, permitiéndole dedicar un tiem-

⁷ Fidel Castro: *Discurso del Comandante Fidel Castro en el decimoquinto aniversario del asalto al cuartel «Moncada»*, 26 de julio de 1968, p. 13, Instituto del Libro, La Habana.

⁸ *Ibidem*, p. 11.

po a su vida socialmente útil, a desarrollar sus capacidades profesionales o laborales, es otro de los renglones que gozaban de la gratuidad. La asistencia médica, garantizada ya desde aquellos años por una red de hospitales, algunos de ellos construidos por la Revolución, también se incluía dentro de los servicios con distribución comunista. «Nosotros sabemos –puntualiza Fidel– de muchos casos y de muchas personas que han tenido necesidad de servicios muy costosos en nuestros hospitales y han sentido seguridad y tranquilidad de saber que llegaron y se encontraron el mejor hospital, con la mejor atención, con el mejor trato, con el mejor médico; y eso le da una gran seguridad a todo ciudadano».⁹

La política de gratuidades se extendió con gran celeridad incluso a aspectos nada esenciales para la vida, como eran los espectáculos deportivos. Al parecer, se pretendía muy seriamente adelantar en el delicado punto de la eliminación del dinero, que es una condición básica de la vida comunista.¹⁰ La función del dinero fue rediseñada por los constructores del socialismo cubano: ya no debía continuar de medio de explotación de mano de obra laboral, propiciando así un desnivel anárquico en los ingresos, de modo que quienes se dedicaban al trabajo en interés privado podía ganar cifras infinitamente más altas que los que lo hacían para el Estado. El dinero debía empezar a jugar otro rol: el de simple *instrumento de distribución*, como medida de la cantidad de trabajo realizada para poder medir la cantidad de productos a recibir. Esta función debía estar condicionada por la participación general y activa de todos los miembros de la sociedad en el trabajo social. Por supuesto, si una parte de la sociedad no participaba en el trabajo era que vivía del trabajo de los demás; por esta vía sería imposible una verdadera transformación y todo lo que se hiciera redundaría en el desestímulo de la parte de la sociedad que llevara sobre sus hombros la difícil tarea de crear los bienes materiales. En esa condición quedaban ciertas capas de la sociedad que aún no estaban proleta-

⁹ *Ibidem*, p. 12.

¹⁰ «Aspiramos, ciertamente, a un modo de vida [...] en que el hombre, para satisfacer sus necesidades esenciales de alimentación, de ropa, de recreación, igual que ocurre hoy con la asistencia médica y con la educación, no necesite dinero para recibir esos servicios». (Fidel Castro: *Discurso del Comandante Fidel Castro en el decimoquinto aniversario del...*, p. 14)

rizadas (la pequeña burguesía dueña de negocios, fundamentalmente del ámbito de los servicios y del comercio minorista; el lumpemproletariado, merodeador de las ciudades, parásitos urbanos; sectores de la burocracia empresarial administrativa, etc.)

El fenómeno de la burocracia y el burocratismo fue atacado con firmeza en este período. En varias intervenciones de Fidel Castro, así como en la prensa de la época, se fustigó duramente como uno de los enemigos a batir, uno de los más importantes frenos al avance de la Revolución.

En marzo de 1967 fueron publicados en *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba, cuatro importantes editoriales acerca de ese tema.¹¹ El discurso era radical, y expresaba la esencia de la posición marxista y leninista respecto del Estado como instrumento político de clase, que ajusta sus funciones y actividades a las necesidades de la clase social que se encuentre en el poder.

En un interesante análisis, el primer editorial hacía una exposición histórica acerca del origen de la burocracia, siguiendo la ruta leninista de considerarla una institución «pura y exclusivamente burguesa»,¹² engendrada por el capitalismo para administrar las propiedades de la burguesía, y convertida en las condiciones del imperialismo en un poderoso ejército de empleados y oficinas al servicio de la explotación de los monopolios.¹³ El editorial analiza el papel de soporte social de la burguesía que asume la burocracia, la cual junto con la aristocracia obrera resultan «prolongaciones de la clase capitalista dentro de los sectores medios y el proletariado».¹⁴ Se identifica el espíritu pequeño-burgués como la forma ideológica que adopta la bu-

¹¹ Aparecieron entre los días 5 y 8 de marzo en el periódico *Granma*, pero fueron reproducidos por los principales órganos de prensa del país. *Bohemia* los publicó en el número 10 de 1967. Fueron recogidos, además, en: Francisco Fernández-Santos y José Martínez (comp.): *Cuba: una revolución en marcha*, pp. 168-187, Ediciones Ruedo Ibérico, 1967. Los títulos de los editoriales son sintomáticos: «I: Una institución pura y exclusivamente burguesa»; «II: El peligro de la burocracia como una capa especial»; «III: Un freno a la acción revolucionaria»; «IV: Una lucha larga, tenaz y sin cuartel».

¹² Ver: Francisco Fernández-Santos y José Martínez (comp.): *Cuba: una revolución en marcha*, p. 171, Ediciones Ruedo Ibérico, 1967.

¹³ *Idem*.

¹⁴ *Ibidem*, p. 170.

rocracia para desenvolverse en el medio productivo y de servicios.

Más adelante, en el segundo editorial, se entra en la cuestión de las características y el papel de la burocracia en el Estado que funda el proletariado victorioso, insistiendo en la nueva cualidad que adquiere luego del triunfo de la revolución socialista. Se admite directamente que la burocracia «crece, se desarrolla y fortalece en los primeros años del poder revolucionario»,¹⁵ poniendo en peligro el proceso revolucionario, lo que provoca el estancamiento y la descomposición. La alarma en torno a la labor corrosiva de la burocracia es severa: «Si permitimos —se afirma— que supervivan en la organización y el desarrollo de nuestra economía categorías propias del sistema capitalista, si nos entregamos al camino más fácil y utilizamos el interés material como palanca propulsora de la construcción socialista, si la mercancía se mantiene como la célula económica, si la presencia del dinero se mantiene omnipotente dentro de la nueva sociedad, entonces el egoísmo y el individualismo continuarán siendo los que predominen en la conciencia de los hombres y no lograremos la formación de un hombre nuevo».¹⁶

El espíritu pequeño-burgués tendría ahora, según las ideas expuestas en el editorial, vigencia «dentro de una capa especial de hombres cuya relación con los medios de producción y las decisiones políticas la sitúan en una posición dirigente».¹⁷ Este es el peligro de la absolutización del poder de la burocracia en el socialismo. No nace con el socialismo, pero sí adquiere un poder que puede llegar a ser ilimitado si no se le contrapone a través de los métodos de masa, de la acción de un partido que no se burocratice, una fuerza política que frene todo lo que ponga en peligro la revolución.

De estos análisis se desprende todo un programa de lucha para el poder revolucionario de esta etapa, el cual se expone en el último de los editoriales:

- Descubrir y erradicar, uno por uno, a los personeros de esta ideología ajena y extraña al socialismo.
- Poner término al crecimiento de las nóminas administrativas.

¹⁵ *Ibidem*, p. 174.

¹⁶ *Ibidem*, p. 175.

¹⁷ *Idem*.

- Simplificar los controles al máximo.
- Alentar la participación de las masas en la designación de los funcionarios administrativos.
- Desarrollar una política de promoción de cuadros basada en principios políticos, sometiendo los cargos administrativos a cambio, a rotación.¹⁸

El editorial llega a afirmar lo que en otros tiempos hubiera sido una osadía: «Tenemos que oponer frente a la burocracia las fuerzas de la clase trabajadora. Las experiencias de la lucha contra este mal evidencian que la burocracia tiende a actuar como una nueva clase».¹⁹

Al situarse en este tipo de ofensiva, la revolución pisaba con plena conciencia el terreno más delicado de la construcción del socialismo a escala universal. Todas las revoluciones y los procesos más o menos violentos habían chocado con el lastre de la burocracia en el intento de organizar la producción y los servicios. Y a la par de la burocracia, la revolución tenía que enfrentar el fenómeno, muy propio del subdesarrollo, del parasitismo y la vagancia, muy ligado con el de la supervivencia de la propiedad privada en el comercio, la gastronomía y otros servicios.

En marzo de 1968, Fidel Castro anuncia una campaña para intervenir los negocios particulares que aún quedaban en Cuba, lo que se conoció políticamente como la «Ofensiva revolucionaria». Con la operación, consistente en expropiar los últimos restos de la propiedad privada en el país, la Revolución radicalizaba su marcha en una dimensión que no había conocido hasta el momento. La operación implicaba afectar esta vez a parte del «pueblo», es decir, a sectores que no constituían clases sociales de gran peligro para la sociedad, pero que sí mantenían una sistemática desmoralización para todo el proceso en su conjunto. Afectaba aspectos de la vida cotidiana de gente común que habían hecho costumbre. Los sectores afectados tenían que ver con el pequeño comercio y los servicios; sobre todo los bares

¹⁸ *Ibíd.*, p. 183.

¹⁹ Y alerta: «Unos a otros se apañan y defienden contra las medidas y las leyes revolucionarias. Si el Partido y los revolucionarios se duermen, si bajan la guardia un solo momento, el burocratismo renace, las disposiciones se violan, los burócratas se reinstalan nuevamente, y esto ocurre así, porque los funcionarios burocráticos no tienen otra cosa que defender más que su propia situación y *la defienden con clase*» (*Idem*, la cursiva es mía - RPL)

ciudadinos, donde se realizaban actividades que no estaban en sintonía muchas veces con los códigos morales que la Revolución intentaba generalizar. Subsiste todavía —explicaba Fidel— una verdadera nata de privilegiados, que medra del trabajo de los demás y vive considerablemente mejor que los demás, viendo trabajar a los demás. Holgazanes, en perfectas condiciones físicas, que montan un timbiriche, un negocito cualquiera, para ganar 50 pesos todos los días, violando la ley y violando la higiene, violándolo todo, mientras ven pasar los camiones de mujeres a trabajar al Cordón de La Habana o a recoger tomate en Güines o en cualquier parte».²⁰

En colaboración con los Comités de Defensa de la Revolución, el Partido en La Habana hizo un estudio de la situación en varias regiones de la capital, para conocer en detalles los movimientos mercantiles, el ambiente político, la relación con las tareas de la Revolución, el servicio social que prestan, la relación que existe entre las solicitudes de salida del país y este tipo de actividad, y otros aspectos que consideraran necesarios con el fin de fundamentar las decisiones a tomar.²¹

El difícil proceso fue llevado a cabo empleando todos los resortes del método de masas que puso en práctica la Revolución desde sus comienzos. Manifestaciones populares de apoyo a las medidas del Gobierno revolucionario se sucedieron por todo el país. Un estudio más profundo desde el punto de vista histórico arrojaría luz sobre aspectos en extremo interesantes, necesarios para comprender el porqué de semejante operación en esas dimensiones. Lo que por el momento interesa a una investigación de pensamiento que tenga por centro el ideal social es constatar el grado de radicalización al que se abocó el proceso revolucionario cubano, y el apoyo que mantuvo entre el pueblo, a pesar de que era lógico que medidas de este tipo afectaran en buena medida la popularidad del Gobierno Revolucionario.

Justo en el mismo momento, en el otro lado del mundo, Checoslovaquia desarrollaba un proceso contrario, un proceso de liberalización, de extensión de las relaciones de mercado, que a

²⁰ Fidel Castro: «Discurso pronunciado en el acto conmemorativo del XI aniversario de la acción del 13 de marzo de 1957, efectuado en la escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1968», en www.cuba.cu/gobierno/discursos

²¹ Idem.

la postre fue abortado por la intervención de los ejércitos del Tratado de Varsovia en agosto del mismo año. En análisis exhaustivo realizado por Fidel un día después de los hechos, el dirigente cubano tuvo ocasión de volver sobre las cuestiones relativas a la manera de construir el socialismo; esta vez en forma de crítica a la manera europea de ensalzar las relaciones de mercado. La dirección del Partido cubano opinaba que justo por esa línea el proceso se fue perdiendo hasta involucrar abiertamente hacia el capitalismo. «Los imperialistas —afirmaba— usan mucho toda la fachada burguesa, todo el lujo de una sociedad de clases que ha desarrollado grandemente el arte de los refinamientos en el consumo y del lujo, que no pueden ser por ningún concepto las aspiraciones de las sociedades socialistas o de los pueblos que buscan marchar hacia el comunismo».²² Y concluía: «El ideal de la sociedad comunista no puede ser el ideal de la sociedad burguesa industrializada; no pueden ser los ideales de la sociedad de consumo burguesa capitalista bajo ningún concepto».²³

Esa conclusión, entre otras consideraciones, ayudó a fijar la posición de principios que adoptó Cuba frente al gravísimo problema de la violación flagrante de la soberanía de un Estado por otros, del mismo campo socialista. Cuba criticó la forma grosera en que se llevó a cabo la acción, pero antepuso a esto la necesidad del campo socialista de detener la provocación que orquestaba el imperialismo al incentivar todos los resortes que podían llevar al desgajamiento de un país socialista del bloque de aliados. Al criticar a la dirección reformista de Checoslovaquia, Fidel extendió sus dardos a la antigua dirección que también emprendía reformas liberales económicas, y a todos los países del campo socialista que también las estaban ensayando, incluida la URSS.

La idea de la construcción paralela, contra lo que pudiera pensarse, no niega la necesaria construcción de la base material del socialismo. En varias ocasiones se expresó Fidel en torno a este punto crucial de la teoría. Desde los primeros años de la Revolución esta idea estuvo clara, y se planteó un proyecto de

²² Fidel Castro: «Análisis de los acontecimientos de Checoslovaquia. 23 de agosto de 1968», en: Ediciones COR, no. 16, p. 9, Instituto del Libro, La Habana, 1968 (folleto).

²³ *Ibíd.*, p. 13.

industrialización ambicioso, que no tuvo luego recursos suficientes para ser llevado a cabo. A mediados de la década, dicho proyecto fue rediseñado para apoyarse en la agricultura como renglón tradicional de la economía cubana, que debía proporcionar los recursos para la futura industrialización. La importancia del desarrollo de la técnica para la creación de la base material del comunismo, la vieron siempre los revolucionarios, expresándolo en la fórmula de las dos fuentes: el comunismo nace de la conciencia revolucionaria y la técnica. Al comunismo cubano le parecía que la demasiada insistencia del socialismo eurosoviético en los estímulos materiales, en las relaciones monetarias, en el mercado, conducía a relegar definitivamente la tarea de la construcción de una sociedad nueva sobre principios diferentes. En esa tarea los instrumentos que seguían la lógica capitalista podían ayudar en la medida en que no dejaran de ser eso: instrumentos. En cuanto se convirtieran, como era frecuente encontrar, de instrumentos en fines, toda la tarea estaba perdida.

La dirección revolucionaria estaba convencida, además, del potencial asombroso de la fuerza mancomunada de la sociedad para producir la riqueza capaz de alimentar a un pueblo y no solo a unos cuantos; de vestir, de cobijar, de garantizar los servicios más elementales a masas enteras de la población. La propiedad privada capitalista ya había mostrado sus límites en toda la experiencia de más de medio siglo de relaciones burguesas en Cuba. La propiedad social no funcionaba con todo su potencial, pero aún así la Revolución echaba a andar sus planes en toda la economía buscando sentar las bases para un desarrollo armónico futuro. Esto se llevó a cabo proclamando la consigna de «buscar soluciones definitivas», es decir, de no tratar de resolver casos particulares, sino invertir allí donde creciera la potencia del país para enfrentar los problemas más acuciantes. Así, se desarrollaron planes de producción de cemento para garantizar la construcción de viviendas, de una red de hospitales y escuelas en todo el país, planes de construcción de presas para garantizar el abastecimiento de agua a la agricultura, a la industria y al consumo poblacional. Todas esas actividades reclamaban de esfuerzos colectivos, de involucrar a las masas en el cumplimiento de esos grandes planes de la economía; de lo contrario, la proliferación de pequeñas ocupaciones particula-

res, ligadas a la pequeña empresa no haría más que reproducir la misma estructura de economía subdesarrollada característica del país. La batalla era por sacar definitivamente al país del marasmo del subdesarrollo.

Por otro lado, existía una razón ideológica de mucho peso. El avance de la Revolución, que se proyectaba a un salto de gran alcance para finales de la década, exigía que prevaleciera en el pueblo un clima de seguridad y de confianza en el porvenir, en nombre de lo cual la Revolución tendría toda la moral para llamar al trabajo creador, a la defensa de lo conquistado. Si no se hubieran dado avances tangibles en segmentos de sensibilidad popular como la salud pública y la educación, por ejemplo, la situación de la Revolución se hubiera visto comprometida.

En crítica a los partidarios de fórmulas capitalistas de cobro de impuestos y otro tipo de medidas tradicionales, Fidel preguntaba:

«¿En nombre de qué invitan al pueblo a una revolución? ¿Acaso en nombre de razones puramente metafísicas? ¿En nombre de qué van a invitar al pueblo a luchar, y hasta morir, en defensa de esta revolución?// ¿Es que podríamos pretender que el pueblo creyera, fuera un simple creyente *a priori* de todo? ¿O era necesario, en primer término, demostrar que la revolución estaba contra los intereses de los ricos, que la revolución estaba contra los intereses de los explotadores; que la revolución, sin vacilación de ninguna clase, sacrificaba, afectaba los intereses de las minorías privilegiadas en nombre de los intereses del pueblo?»²⁴

Por esta posición de principios, la Revolución se granjeó el apoyo irrestricto del pueblo, cambiando radicalmente el sentido de las inversiones de los fondos y los modos de sostenimiento del Estado. Se eliminó el cobro de la renta del suelo a los campesinos, el cobro de los intereses por los créditos, el cobro de la asistencia médica y hospitalaria, de la educación, ingresos todos en que se apoyaban los ingresos del Estado, que después ponía a disposición de la clase económicamente gobernante, utilizándolos, entre otros destinos, para financiar los lujos de que disfrutaban. «[...] la revolución — insistía Fidel — le ha dado

²⁴ Fidel Castro: *Discursos de Fidel en los aniversarios de los CDR 1960-1967*, p. 194, Instituto del Libro, La Habana, 1968.

al pueblo todo lo que podía; la revolución ha querido darle al pueblo todo lo que tenía. Y, sobre todo, *crear en el pueblo la confianza; crearle al pueblo la seguridad de su porvenir*». ²⁵ El pueblo, con su sentido político, supo de qué lado estaba la Revolución triunfante, y le dio su apoyo.

Hay elementos suficientes para afirmar que la dirección de la Revolución, y particularmente su líder histórico, comprendían el alcance de las tesis marxistas acerca del carácter determinante del desarrollo de las fuerzas productivas para lograr en la sociedad relaciones más humanas y solidarias, y que no se limitaban a comprender el socialismo (como sí lo hacían muchas corrientes tradicionales del socialismo) como modo de distribución de los productos del trabajo social, sino además, en consecuencia con la comprensión materialista del marxismo, a comprenderlo también como un modo de producción diferente que se apoya en otro tipo de relaciones sociales. Sin embargo, en la tesis de la construcción paralela del socialismo y del comunismo, el aspecto que se desarrolla no es este, sino el que considera el régimen social desde el punto de vista fundamentalmente de la distribución. Se pone el énfasis en mostrar al pueblo las ventajas de la distribución comunista frente al modo tan enrevesado de la distribución capitalista.

El modo comunista de distribución de los productos del trabajo social era capaz de llevar a toda la masa de la población los servicios que le estaban vedados en una distribución capitalista de los mismos. La tesis de la construcción paralela puede parecer irracional a quien enfoque los asuntos sociales desde la óptica de la conservación de las relaciones que el comunismo está llamado a sustituir. Desde la óptica revolucionaria, es la única forma de garantizar el paso a una sociedad nueva, diferente, más libre y con relaciones menos complicadas.

La óptica conservadora no siempre es consciente de que lo es. Con el pretexto de mantener el orden desde posiciones revolucionarias se van reproduciendo las mismas relaciones que deben ser sustituidas en el proceso revolucionario para liberar a las capas de la sociedad menos favorecidas. Una burocracia bien entrenada en sus funciones rara vez toma conciencia del carácter retrógrado que anima toda su actividad. Con la mejor buena

²⁵ *Ibidem*, pp. 194-195 (La cursiva es mía. RPL).

fe puede impulsar procesos que desmonten o frenen de alguna manera las medidas revolucionarias instauradas para subvertir el orden social injusto.

La sociedad de los sesenta veía con mayor claridad el alcance de los valores en nombre de los cuales se lanzó un pueblo a la lucha. La segunda mitad de la década, con ese impulso radical que la caracterizó, llevó hasta sus últimas consecuencias, y con la celeridad propia de los procesos radicales, los principios de la Revolución. La dura prueba que le esperaba pasar fue la zafra prometida de diez millones de toneladas de azúcar. Fidel en particular, con su verbo encendido, fue preparando a las masas para la batalla que supuestamente proporcionaría al país una posición más independiente en el concierto de naciones. Mucho de lo que se hizo por esos años, los extremismos y voluntarismos, los errores de «idealismo» más tarde confesados, llevaban el signo de la convicción —en la que estaba comprometido también el pensamiento del ausente comandante Guevara— de que el comunismo se alcanzaba no inconscientemente, no por engaño ni por casualidad, sino por la acción consciente y correctamente dirigida de las amplias masas de trabajadores y de la sociedad en su conjunto.